



Scarlett O'Hara, el personaje central de «Lo que el viento se llevó», valió a Vivien Leigh su primer Oscar y desde entonces —1939— su nombre ha quedado asociado al de la heroína del «best-seller» de Margaret Mitchell. En la foto, perteneciente a una escena del film, la actriz fallecida con Hattie McDaniel.

VIVIEN LEIGH

LO QUE EL CINE SE LLEVO

VIVIEN Leigh acaba de ser hallada muerta en su apartamento de Londres. Contaba cincuenta y tres años y desde hace más de veinte padecía de una grave afección de tipo tuberculoso, a la que se habían mezclado con frecuencia, y también desde hace años, graves crisis de nervios. Quizá de ahí, de estas dos enfermedades combinadas, le viniese el aspecto frágil que la caracterizó físicamente desde su primera juventud, y que dio valor de con-

traste al papel que, al cabo de más de un cuarto de siglo, sigue asociándose inmediatamente a su nombre, el de Scarlett O'Hara en «Lo que el viento se llevó», en el que la terca voluntad del personaje chocaba con su delicada apariencia exterior. La película, que se repone en el mundo entero metódicamente cada cierto número de años —ahora acaba de lanzarse una nueva versión en 70 mm.—, sigue siendo un prototipo del cine americano

de gran espectáculo, inspirado en «best-sellers» y con un reparto constelado de estrellas. Piénsese lo que se piense de él como obra cinematográfica, la interpretación de la Leigh y su enorme atractivo siguen siendo indiscutibles.

La actriz, que nació en Darjeeling, en la India, el 5 de noviembre de 1913, se consagró desde muy joven al teatro, aunque también desde muy joven comenzó sus incursiones cinematográficas. Con el que **SIGUE**



llamado Deseo», que le valió su segundo Oscar. A pesar de la fatiga continuaba en la brecha. Estaban lejos los tiempos en que era una actriz sumamente popular, pero a ella eso no le importaba demasiado. «Una gran actriz debe tener indiscutiblemente también una gran personalidad. El público desea ídolos más fáciles, que no molesten, fáciles de amar y de destruir», declaraba hace unos años; y cuando le preguntaban qué pensaba, al cabo del tiempo, de la sensación que experimentaba al volver a ver «Lo que el viento se llevó», respondió: «Una sensación bastante extraña, entre la tristeza y la rabia».

En 1953 comenzó su crisis. Había vuelto a la India, su país de nacimiento, para rodar los exteriores de «La senda de los elefantes». Allí se sintió mal y entonces comenzaron una serie de viajes y misterios en torno a su figura. Finalmente, y a pesar de los desmentidos de la Paramount, que producía el film, se hizo público que el papel de Vivien sería asignado a Elizabeth Taylor y que las tomas volverían a empezarse con la nueva intérprete, lo que suponía una pérdida de muchos millones para la casa productora. Laurence Olivier se desvivió por estar a su lado en los malos mo-

Arriba, Vivien Leigh y la Reina madre durante una recepción, a raíz de la separación matrimonial de la actriz. A la derecha, una escena de «César y Cleopatra», adaptación por Gabriel Pascal de la obra de G. B. S., en la que la Leigh tuvo como oponente al recientemente desaparecido Claude Rains.



luego habría de ser su compañero en la vida y en la profesión interpretó «Veintidós días juntos», «Lady Hamilton»... Se había casado muy joven, a los diecisiete años, con Herbert Leigh Holmes, de quien tuvo una hija, Suzanne, que la daría un nieto, Neville Leigh, en 1958. Se divorció de él para unirse a Laurence Olivier, con quien permaneció casada hasta 1959. Fueron estos años los más fructíferos de su carrera, aunque también los más difíciles, como suele ocurrir cuando se unen dos «monstruos sagrados». El Oscar obtenido por «Lo que el viento se llevó», por otra parte, no facilitó las cosas. Sin embargo, Vivien, a pesar de que su salud nunca había sido demasiado buena —aunque las crisis graves aún no habían sobrevenido—, mantuvo desde siempre un ritmo de trabajo agotador. En el teatro —eran los días de mayor gloria del Old Vic— se conformaba generalmente con ser la «segunda», dejando a su marido el papel más importante. Los sueldos fabulosos que ganaba en el cine los empleaba en mantener la compañía teatral, en sufragar sus eventuales pérdidas. Dividida entre Inglaterra y Estados Unidos, tanto en lo que se refiere al cine como en lo que respecta al teatro, sus viajes eran constantes, su actividad incansable. Recientemente se han repuesto en España varios de sus viejos films, entre ellos «El puente de Waterloo», al lado de Robert Taylor, entonces el galán de moda, a través de los cuales es posible establecer la comparación entre su fragante belleza juvenil y el aspecto estragado, cansado, que ofrecía en sus últimas y no tan últimas interpretaciones, a partir de la de «Un tranvía



VIVIEN LEIGH

Marilyn Monroe se trasladó a Londres para lograr que Laurence Olivier se encargase de la realización e interpretación de «El príncipe y la corista», adaptación de la obra teatral homónima que el actor había interpretado en los escenarios con su entonces esposa, Vivien Leigh. Los dos matrimonios, Olivier y Miller, asistieron juntos a una representación de «Panorama desde el puente».



En 1958, Vivien Leigh se convirtió en abuela. Su hija Suzanne, de su primer matrimonio, tuvo un niño al que se impuso el nombre de Neville Leigh. Después de su divorcio de Laurence Olivier, se vio a la actriz siempre acompañada por John Merivale, con el que llegó a decirse que se había casado en secreto.



mentos, anulando actuaciones, tomando aviones entre representación y representación. La crisis fue, aparentemente, superada. Pero luego vendrían otras. En 1959 la pareja se divorciaba, y mientras sir Laurence contraía nuevo matrimonio con una jovencita, Joan Plowright, lady Vivien no se separaba de un joven actor, John Merivale, con quien se dijo —aunque nunca la noticia llegó a confirmarse— que había contraído matrimonio en secreto. Antes se había hablado de un idilio de Olivier con Marilyn Monroe, surgido a raíz del rodaje de «El príncipe y la corista», el film

inspirado en la obra de Terence Rattigan que la pareja británica había interpretado en los escenarios, y para cuya versión cinematográfica la Leigh fue desplazada, haciéndose cargo de su papel Marilyn, que actuaba como productora...

Desde entonces sus papeles fueron menos importantes, su actividad teatral decayó. «La primavera romana de la señora Stone», «El barco de los locos», fueron sus últimas películas, en las que se limitaba un poco a reproducir el tipo de la Blanche Dubois de «Un tranvía llamado Deseo», como en sordina. Si el teatro ha

sido el centro de su vida —desde Shakespeare a Bernard Shaw, desde Rattigan al vaudeville francés— el cine ha sido posiblemente, en función del esfuerzo permanente que exige, el que la ha llevado a la muerte. Vivien Leigh, gran estrella en los años cuarenta, mito durante muchos años en su país, no ha dejado, hasta el final, de ser una espléndida actriz, un modelo de profesionalidad y de dedicación a un arte que llevaba dentro.

M. T.

Fotos: Archivo TRIUNFO